

## El inicio de esta historia

Era un día de invierno de 2023. La pandemia del COVID-19 ya iba en retirada, dejando un reguero de muertos y con muchas secuelas. Tras dos años de miedo e incertidumbre, se estaba dando paso a la endemia, es decir, el virus seguía presente, pero no constituía brote ni epidemia. Vivía entre nosotros. Esto, sin perjuicio de que pueda volver a enajenarse y tener delirios de grandeza, para diezmar a la población y así cumplir locas teorías ancestrales o más recientes acerca de “una vez que la población merma lo suficiente, se van renovando los recursos naturales”. Palabras como cuarentena, mutaciones, aislamientos, contactos y vacunas ya eran parte del inventario del virus más para el que nos tuvimos que entrenar y por el que muchos resultaron dañados de forma crónica en su salud física y mental.

Por otro lado, el año anterior a la pandemia, iniciada en marzo de 2020, ocurrió en Chile un estallido social fortísimo que iba encaminado a mover como un cataclismo las instituciones y la carta magna instaurada por Pinochet. Esos años no estuvieron exentos de movimientos profundos y reajustes que, muchas veces, tuvieron costo en vidas, dada la violencia generada en las calles y la polaridad que otra vez enfrentaba el país.

Ese día de invierno, más precisamente a inicios de septiembre, con el contexto social que he comentado, franqueé la entrada principal del Cementerio General de Santiago, como todos los años. Me movía con una marcha rápida, como es mi costumbre, pero en esa ocasión la intensifiqué aún más ya que asomaban nubarrones y amenazas de lluvia: anochecería luego y no había llevado un paraguas. Los nervios de siempre me apretaban el estómago; la cita a la que concurría era a las cinco de la tarde y el trayecto era largo.

El panteón más importante de la capital es casi un museo, ya que tiene hasta visitas guiadas y paseos nocturnos para tentar a los muertos a jugar a las escondidas con los turistas desprevenidos y provocadores.

Caminando entre los mausoleos, sepulcros de próceres o asociaciones, el memorial de 1973, todos ellos con ornamentos, estatuas y esculturas que se pasean por estilos arquitectónicos diversos, como gótico, ecléctico, art decó y cúpulas neoclásicas, llegué a la zona de la gente sencilla. Esa que no había sido famosa o condecorada, que no tenía una familia ilustre ni pertenecía a la clase política.

Muchas de esas tumbas no tenían más que un nombre y fechas pintados con pintura blanca en una cruz de madera mal clavada, a la rápida, como para cumplir un trámite. Ese estilo era el “popular”, el anónimo. A un lado, lucía una botella de plástico con el gollete cortado y una flor marchita que aparecía por la boca de esta, con unas mezquinas gotas de agua. Las imágenes de un amplio repertorio de santos terminaban por enmarcar el cuadro.

Pero el nicho que yo iba a visitar, pese a no ser de alguien de renombre, no tenía ninguno de esos elementos. Estaba la sombra de un árbol, con flores de color fucsia con forma de campanillas, delicadas, melancólicas y resistentes al aún invernal viento. Tenía varios maceteros con plantas, sobre todo malamadres, verónicas, kalanchoes y suculentas. La visión era una especie de fuente de agua dulce en el desierto, un paisaje evocador en nivel superior; tal impresión causaba. Esa tumba tenía inscrito un nombre, con un significado que trascendía la vida; era de una persona que marcó la mía veinte años atrás. Pero yo no estaba sola; acucillada de espaldas hacia mí, heroseando y reubicando los maceteros, había una mujer algo mayor que yo, hermosa, y que me recordaba mucho a alguien. Me mantuve en silencio para no interrumpir su tarea, que la realizaba muy afanada, como si fuera una obra patrimonial en restauración. De pronto notó mi presencia, se giró con gracia y me saludó alegre, al mismo tiempo que me entregaba un papel antiguo, de color sepia con tintes dorados. Adivinando, sonreí, y ella se levantó a abrazarme.

—Bienvenida, Elisa.

Alma

Septiembre es el mes de la patria, pero también es el mes donde se vivió la oscuridad máxima como país, donde la muerte nos pisaba los talones y la violencia nos respiraba en la nuca. Septiembre, con el miedo terrible y latente de que la maldad estaba al acecho, que nos engulliría con sus fauces abundantes en saliva, con los ojos inyectados en sangre y exorbitados de sus cuencas, en busca de carne y de venganza. La represión y la censura eran ciudadanos con derecho a decidir los destinos de todos.

Alma y su madre vivían en Santiago, en la Villa Portales, comuna de Estación Central, cerca de la Universidad Técnica del Estado (UTE), actual Universidad de Santiago de Chile (USACH, de ahora en adelante). Era más bien baja, pero de contextura firme, de músculos activos y de huesos sólidos. Sus facciones no tenían rasgos representativos; era una mujer joven, ansiosa de conocer el mundo, de ser alguien en la vida. Coronando su cabeza, el pelo castaño semi ondulado, cejas algo pobladas y nariz más bien recta, casi respingada, piel ligeramente tostada, ojos almendrados de color pistacho y una cicatriz en la frente producto de un golpe con una mesa cuando aprendía a caminar. Esa marca es muy habitual en los niños pequeños; chocan con todo y de todos los lugares se caen, pero es lo que se espera cuando adquieren habilidades motoras programadas en la filogenética.

La villa Portales tiene un valor arquitectónico y patrimonial; su construcción se inició en 1956 y finalizó en 1966, y en su momento fue parte de un hito nacional por su conciencia colectiva y activista y, en efecto, fue un refugio de grupos de izquierda en la dictadura militar. También fue importante en la etapa posterior a la migración de personas del campo a la ciudad y dio acceso a empleados particulares a una vivienda de calidad, con un plan solidario de alto valor para los de escasos recursos. Un detalle particular de estos departamentos es que tienen pasarelas que funcionan como hilo conductor de los espacios o que facilitan la convivencia de la comunidad que vive ahí.

Alma había terminado cuarto medio, trabajaba de día y estudiaba de noche en un instituto. No sabía si esa carrera la iba a ejercer de forma permanente, pero sí tenía claro que, por ahora, no tenía otra opción y al menos le serviría para acceder a otra carrera más adelante, que sí la apasionara de verdad. Pensaba que Chile estaba en una situación compleja y, pese a que esperanzas siempre había, tenía sospechas de que las cosas se iban a poner cada vez más enrarecidas. Le gustaba informarse acerca de la contingencia nacional, a diferencia de mucha gente que conocía que solo se dedicaba, sin claros argumentos, a manifestar animadversión en contra del gobierno de turno. Ella cuestionaba las políticas, pero con base. Allende llegó al poder en forma democrática el año 1970, con un treinta y seis por ciento de los votos, tras otros intentos por hacerse con la banda presidencial. Había dejado en el camino a Alessandri y a Tomic, candidatos presidenciales de un país muy polarizado y tensionado políticamente.

Allende era un médico nacido en Valparaíso, patólogo, con un poder de oratoria ante el cual nadie podía mostrarse indiferente; imprimía a las palabras un poder y un magnetismo que hacía que, en sus eventos populares con “los trabajadores”, no volara una mosca y hasta el aire pusiera atención. Alma, si bien no había votado por él, estaba de acuerdo en algunas ideas socialistas planteadas, pero ella era objetiva. La solución a la situación del país no era un experimento socialista, no lo iba a dejar gobernar la clase política imperante y, desde luego, Estados Unidos iba a observar con microscopio todas las acciones políticas que se desplegaran. La idea de nacionalizar las industrias y dejar que el dinero se hiciera útil en el propio territorio no era del gusto de las clases acomodadas, ya que el fin era abrirle las puertas al capitalismo imperante en el primer mundo, uno de los móviles de la Guerra Fría. O, más bien, de parte de la facción que se movía bajo la corriente del capitalismo.

Alma Márquez había nacido vieja, reflexiva y analítica, quizá en demasía; sus amistades siempre la molestaban, diciéndole que tenía veinte años más de experiencia. Pese a eso, la admiraban; en sus juntas con guitarra, con una cerveza de invitada, la escuchaban con atención y asentían cuando hablaba con pasión como si estuviera en un discurso multitudinario. Tenía una oratoria innata, capacidad que había desarrollado cuando en el colegio leía con obsesión acerca de filosofía y de política. Visitaba la obra de Marx y otras veces la de Kant como

quien hojea una revista de papel couché. Pese a que era bastante pragmática y realista, en ocasiones se veía muy influida por el pesimismo de Schopenhauer.

—Si hay compatriotas que están sufriendo por un pedazo de pan y una ducha, a nosotros también nos debería doler —alegaba Alma muy convencida, firme en sus palabras.

En el colegio siempre destacó en estas áreas, no así en matemáticas ni en disciplinas artísticas; lo humanista y lo social era lo suyo, respiraba esta materia, la exhalaba y el mundo se callaba cuando ella se pronunciaba con vehemencia y convicción.

—¡Hay que empoderar a los trabajadores! Basta de tener una clase conservadora sobre nuestras espaldas que nos trata como esclavos. Tienen la idea fija de que, si nacimos trabajadores, tenemos que quedarnos estacionados ahí, no importando lo que hagamos. Nuestro olor les molesta, nuestra pinta les repele y nuestras reflexiones les incomodan —decía. No dejaba de tener razón.

Alma siempre pensó que no iba a ser lo que su posición social le tenía definido, ella iba a ser más que una simple convención impuesta por el sistema. Las palabras y convicciones debían ir acompañadas de hechos concretos.

Estos ideales siempre iban de la mano de la juventud que, al pasar los años, se transformaban en burguesía y en mantener enquistado el poder en los mismos niveles sociales. No sabía que el destino sería adverso con su andar y que perdería mucho más de lo que ganaría. Pero no nos adelantemos a la historia.

Cuando ella hacía una pausa para tomar cerveza, sus amigos lograban respirar; habían permanecido en una prolongada apnea para no interrumpir su arenga, y aprovechaban para moverse y cambiar de postura, tras ser estatuas de sal por varios minutos. La marihuana no era muy frecuente en estas juntas, pero sí el cigarrillo; podían fumar varios paquetes en una noche.

El exiguo público de Alma estaba constituido por cuatro amigos. Los dos hombres habían sido compañeros de colegio en Quinta Normal, comuna aledaña a donde vivía, y las dos mujeres eran primas entre sí. No era tan abigarrado el origen de sus amistades, como tampoco variadas las ojerías tras las madrugadas de debates apasionados.

Juana era la mayor y tenía diecinueve años, la otra amiga era Alfonsina; ambas vivían en Pudahuel. Alfonsina tenía dieciocho y estaba por salir del colegio. Los amigos eran Alberto, de veinte, y Manuel, su mejor amigo del colegio, de veintiuno. Ambos no habían sido estudiantes tan destacados; de hecho, tenían repitencias académicas por trastornos de aprendizaje que nadie diagnosticó, pero que Alma sospechaba. De todas maneras, habían terminado la enseñanza media y se empleaban en la industria de la construcción y mecánica. Esas reuniones con Alma hicieron que comenzaran a desarrollar pensamiento crítico de forma paulatina, primero por la influencia ejercida por ella y luego porque profundizaron sus ideas con literatura acorde. Muchas veces salían por las noches a colgar propaganda política proletaria en las calles y muros, con el sueño en la mirada y la urgencia de la juventud transitoria. Esos letreros pegados con engrudo en paredes